

4º D. PASCUA. EVÁNGELIO SEGÚN SAN JUAN 10,1-10.

En aquel tiempo, dijo Jesús a los fariseos:

-Os aseguro que el que no entra por la puerta en el aprisco de las ovejas, sino que salta por otra parte, ése es ladrón y bandido; pero el que entra por la puerta es pastor de las ovejas. A éste le abre el guarda y las ovejas atienden a su voz, y él va llamando por el nombre a sus ovejas y las saca fuera. Cuando ha sacado todas las suyas, camina delante de ellas, y las ovejas lo siguen, porque conocen su voz: a un extraño no lo seguirán, sino que huirán de él, porque no conocen la voz de los extraños.

Jesús, les puso esta comparación, pero ellos no entendieron de qué les hablaba. Por eso añadió Jesús:

-Os aseguro que yo soy la puerta de las ovejas. Todos los que han venido antes de mí son ladrones y bandidos; pero las ovejas no los escucharon.

Yo soy la puerta: quien entre por mí se salvará y podrá entrar y salir, y encontrará pastos. El ladrón no entra sino para robar y matar y hacer estragos; yo he venido para que tengan vida y la tengan abundante.

ESCUCHAR Y DISCERNIR EL BIEN

El cuarto domingo de Pascua, que celebramos hoy, está dedicado a **«Jesús el Buen Pastor»**. El Evangelio de hoy, hablando del buen pastor, nos dice que **«las ovejas escuchan su voz»** y también nos dice que **«a sus ovejas las llama por su nombre»**. Pues este es Jesús, el que nos llama por nuestro nombre y **«nos llama porque nos ama»**. Pero también dice el Evangelio que hay **«otras voces»** que no debemos escuchar, son las de los extraños, ladrones y salteadores que quieren el mal de las ovejas.

Estas diferentes voces **«resuenan dentro de nosotros»**. Está **«la voz de Dios, que habla amablemente a la conciencia»** y está **«la voz tentadora que conduce al mal»**, la voz del maligno. Son fácilmente reconocibles, hablan idiomas distintos, tienen formas opuestas de llegar a nuestros corazones.

La voz de Dios nunca obliga. **«Dios se propone, no se impone»**. En cambio, **«la voz del maligno seduce, asalta, fuerza»**. Despierta ilusiones deslumbrantes, emociones tentadoras, pero pasajeras. Al principio nos agrada, nos hace creer que somos todopoderosos, pero luego nos deja apesadumbrados y vacíos por dentro, con sentimientos de culpabilidad y con la sensación de no ser capaces de vivir, de no valer para nada.

La voz de Dios, en cambio, **«nos corrige con infinita paciencia»** y siempre **«nos anima, nos consuela y nos alimenta de esperanza»**. La voz de Dios es una voz que tiene un horizonte, en cambio, la voz del maligno nos pone contra la pared, nos arrincona.

Hay otra diferencia. La voz del maligno nos distrae del presente y nos induce a pensar **«en los miedos del futuro o en las tristezas del pasado»**, a este enemigo no le interesa el presente. Es especialista en atormentarnos con la **«amargura»**, con recuerdos de las injusticias sufridas o de las personas que nos han hecho daño. Siempre son **«sólo malos recuerdos»**.

En cambio, la voz de Dios nos habla en presente: **«Ahora puedes hacer el bien»**, ahora puedes cumplir con tu deber, ahora puedes preocuparte por el que sufre. En definitiva, **«puedes vivir amando»** y renunciando a los pesares y remordimientos que mantienen cautivos a nuestros corazones. Nos anima, nos hace avanzar, pero siempre nos habla en presente: **«ahora»**

Ambas voces plantean diferentes preguntas en nuestro interior. La que viene de Dios nos interpela: «¿Qué es bueno para mí?» En cambio, el tentador insistirá en otra pregunta: «¿Qué me apetece hacer?» La voz del mal siempre gira en torno al ego, a sus pulsiones, a sus necesidades, «al todo y ahora». Es como los caprichos de los niños: todo y ahora. «El deber marca la diferencia» radical entre el bien y el mal y nos ayuda a distinguir uno del otro: «el bien debemos hacerlo, el mal debemos evitarlo».

La voz de Dios, en cambio, nunca promete alegría a bajo precio. Nos invita a «ir más allá de nuestro ego para encontrar y gozar del verdadero bien, la paz». Conviene no olvidar que «el mal nunca nos da paz», causa frenesí primero y deja amargura tras de sí. Así es el estilo del mal.

Hay que señalar también que la voz de Dios y la del tentador hablan «en diferentes ambientes». El maligno prefiere la oscuridad, la falsedad, el chismorreó, Mientras que, por el contrario, Dios ama la luz del sol, la verdad, la transparencia sincera. El maligno nos dirá: «Enciértrate en ti mismo, porque nadie te entiende ni te escucha, ¡no te fíes!» El bien, contrariamente, «nos invita a abrirnos, a ser claros y a confiar en Dios y en los demás»



Termina el Evangelio con esta frase de Jesús: «Yo he venido para que tengan vida y la tengan abundante». Jesús nos trae una esperanza de «vida en plenitud», de vida para siempre. Cuando tantas cosas a nuestro alrededor nos hablan de muerte, Jesús nos ofrece la vida, inseparable de la libertad, del amor y de la justicia. Es una lástima reducirlo todo a comer, dormir, trabajar y divertirse superficialmente. Es una lástima no aspirar más que a tener.

El modo de vida que llevamos normalmente las personas esconde dentro de sí la muerte: «egoísmo, incomunicación, placer...» Jesús quiere que orientemos nuestra vida en otra dirección, que reflexionemos y nos demos cuenta de que «merece la pena vivir en el amor y luchar por una vida más humana para todos», que es necesario morir a todo lo que nos destruye como seres solidarios para que nazca lo nuevo, «la Vida que Él vino a comunicarnos»

Es momento, pues, de prestar atención a las voces que llegan a nuestros corazones y de preguntarnos de dónde vienen. Y para ello, pidamos la gracia de «reconocer y seguir la voz del buen Pastor» que nos saca de nuestros egoísmos y nos guía hacia los pastos de la verdadera libertad. ¡Que así sea!

Parroquia de Betharram
www.parrokiabetharram.com
30 de abril de 2023